

LOS NUESTROS

a Mirta

y los otros tripulantes

Cuando Joaquín vio a Verónica en la puerta, supo por la mirada vidriosa de ella que tendría que guiarla a través del pasillo rodeado de anaqueles e indicarle sin palabras cómo se hacía, a pesar de que ella lo había visto tantas veces. Pero a sus cincuenta y tres años, y siendo la más joven del grupo, era la primera vez que llegaba con alguien. Los demás también sabían que lo mejor era dejar que ella le abriera la puerta junto a la mapoteca, le entregara la vela y la dejara subir sola la escalera de la pequeña torre. Como siempre, desde aquel viernes en que Delia llegó con su padre, evitarían las frases vacías, optarían por lo que sí puede comunicar un abrazo, una palma franca. El resto quedaría a cargo del libro que Marina ya estaba abriendo, un libro que había elegido al azar pero en el que ahora confiaba ciegamente, segura de que esas páginas contenían lo que el dolor de Verónica precisaba esa tarde, la primera en que había llegado al taller acompañada.

Ya estaban viejos. El tiempo no les había robado un solo minuto de los que les tocaban. La cara y el cuello de cada uno testimoniaban esa fría justicia. Las acuarelas del vivir les habían enturbiado las lentes y aclarado los ojos. Lo que perdieron los labios en color lo ganaron sus narices en dignidad. Pero nada tan documental como el cuello, tan cartográfico. El tiempo comenta la vida de una persona en frases que escribe en su cuello. Pero el tiempo no cuida el estilo. Estaban viejos y ya ninguno era hermoso.

La voz de Marina era gruesa y noble como madera. Los años habían ido espesando su corteza, pero la voz de la adolescente que cantó en Venecia y lloró de felicidad ante el incendio del ocaso en sus cúpulas, todavía vibraba en esa voz que leía el cuento. En lentas bocanadas la historia subía por el aire quieto y formaba una segunda atmósfera bajo el alto cielo raso de la biblioteca. Ya había oscurecido, y en tres de las ventanas repiqueteaban algunas estrellas. En la cuarta ventana, como siempre, llovía.

¿Dónde estaba cada uno de ellos mientras se leía? ¿Quiénes los reemplazaban con siete rostros idénticos en esa mesa redonda? Ahí estaba la que se hacía pasar por Delia, mientras Delia volvía a antiguos jardines adonde no necesitaba ese bastón. Ahí estaba la que relevaba a Alicia, porque a Alicia ya no le temblaba el pulso y escribía la fecha del día en el pizarrón de una escuela de frontera. También estaba el doble perfecto de Demetria, quien abrazaba a su marido pianista en un balcón azul de Playa Grande. Mientras Marina leía, Ada también había nombrado una reemplazante, como lo había hecho Joaquín, y la propia Verónica, que tal vez no estaba tan lejos como los otros, que quizá rondaba la puerta junto a la mapoteca con la angustiante certeza de que sería inútil hacer girar el picaporte.

Pero no eran seres extraños los que ocupaban sus siete asientos, sino ellos mismos desdoblados. En tantos años de lecturas, de consignas, de intentos de encontrar la propia voz, ninguno había logrado escribir el cuento célebre, el poema inmortal. Sin embargo habían ido adquiriendo un

raro poder, la facultad de volverse sutiles, delgados como hilos de lana o de música, y deslizarse entre las palabras como quien atraviesa una cortina de cañas sin que las cañas suenen. Persegúan algo respecto de lo cual el cuento célebre y el poema

inmortal serían meros anuncios, luces de bengala que lo harían visible sólo unos instantes, porque lo que ellos buscaban se escondía del sabio lenguaje. Aunque no sabían qué era, intuían una extraña correspondencia entre eso, la pequeña torre a oscuras y esa ventana donde siempre llovía.

Nunca hablaban de ese tema: la reserva aseguraba un provisorio equilibrio. No querían que alguna palabra malograra lo bueno que pudiera ocurrir o desatar, con terribles consecuencias para todos, la trama que el mismo curso de los hechos había tejido. Nada extraordinario pareció suceder aquel viernes en que Delia entró, le dio un beso a cada uno y le anunció a Marina que en la puerta estaba su padre. Todos sabían que el padre de Delia había muerto la semana anterior, pero como llovía torrencialmente dejaron para otro momento las manifestaciones de asombro y se apuraron a decirle a Delia que lo hiciera pasar, que no estaba bien dejar al padre de uno bajo la lluvia. El señor entró, caminando con pasitos cortos y la cabeza baja, como pidiendo disculpas. Marina lo invitó a sentarse, pero él se quedó mirando la puerta abierta, junto a los mapas y la escalera. Cuando Delia le preguntó si quería conocer la pequeña torre, el viejito sonrió entusiasmado como un chico, y su hija lo llevó de la mano. La bombita de la escalera estaba quemada, pero nadie quería que el viejo se quedara con las ganas, así que revolviéron toda la biblioteca hasta encontrar una vela. Delia la encendió y se dispuso a guiarlo. Entonces el viejo dejó de sonreír. Evidentemente, quería subir solo. Al terminar el taller, Delia se asomó a la escalera para llamarlo, pero su papá no respondió. Entre todos trataron de explicarle a Delia lo que ella también sabía, que su padre estaba muy bien donde estaba y que no había que molestarlo. Marina, la última en salir, apagó las luces y cerró con llave.

La semana siguiente el grupo se había reunido como de costumbre, y el taller había funcionado con total normalidad, excepto por un fenómeno que nadie se atrevió a comentar. Aunque era un día despejado, en una de las ventanas llovía torrencialmente. Era una lluvia densa, pero lenta y silenciosa, como en una película sin audio. Desde esa ventana, la plaza se veía inhóspita en medio de la tormenta. Desde las otras, se veían hombres haciendo footing, chicos en bicicleta y parejas besándose bajo los árboles opacos.

La segunda había sido Ada. Llegó con una mujer alta y de cabello negro, lacio y brillante a pesar de sus ochenta años, la misma mujer que una madrugada vio entrar en el hospital donde trabajaba a una nena llena de moretones y con un brazo que le caía sin vida. Iba

descalza y apenas cubierta por un camisón blancuzco que la corriente del hall hacía ondular como neblina. No había dolor ni angustia en su cara, sino una especie de luz. Nadie la reclamó nunca, excepto la enfermera de cabello negro y brillante que al adoptarla le puso ese nombre de cuento, por esa madrugada en que algún libro dejó caer en el hall del hospital a aquella niña vaporosa. La tarde en que llegó a la biblioteca, dijo buenas tardes con una voz muy dulce, encendió la vela que ella misma traía y se dirigió directamente a esa puerta, como si Ada ya le hubiera dicho qué era lo que tenía que hacer.

Con los años—es decir con los naufragios, euforias, hallazgos, quebraduras, cantos de sirena, fichas de subte, cortes de pelo—, una familia silenciosa fue poblando la pequeña torre, y en la ventana que daba a la plaza nunca paraba de llover.

Jamás llegó desde esa puerta una voz que obligara a Marina a proseguir una lectura tras un segundo de silencio incómodo. Jamás los sobresaltó algún mínimo ruido, excepto el crujido habitual de los anaqueles cuando todos los libros, como en cualquier biblioteca, empezaban a bostezar al caer la noche.

Era extraña la historia que Marina les leía esa tarde, la primera en que Verónica llegó acompañada. La prosa era lenta, ensimismada, pero pese al estilo tosco, embrionario, cada frase prometía algo brillante que volvía a postergarse en la frase siguiente, como si asistieran al moroso desfile de una oruga, provisoriamente fea, inminentemente espléndida.

Mientras la voz de Marina destejía el cuento, sus hilos unían astros invisibles y en esas constelaciones iban apareciendo figuras, imágenes verbales de cada uno de ellos. En ese primer cielo anterior al cielo raso, Joaquín se permitía tomar la mano tan blanca de Verónica, y ella la dejaba. En ese primer cielo se revivían y completaban las historias que los habitantes de la pequeña torre dejaron inconclusas. El cuento contenía oscuramente todos los poemas y todos los cuentos que se habían leído en el taller desde hacía veinte años. Parecía aludir a cada metáfora, cada descripción, cada símil, diferenciados y reunidos en ese texto como los colores de las futuras alas en los anillos de la oruga.

No era la primera vez que sentían algo así. Ya habían vivido momentos semejantes, instantes en que al promediar una lectura de pronto sentían que ésa sería la definitiva, que por razones inefables un verso o una frase los había conducido muy cerca de una cima, un punto límite. Pero entonces una palabra cualquiera, por ejemplo *paraguas*, irrumpía en el texto sin justificación alguna, impidiéndoles dar ese último paso y arrastrándolos, desengañados, por un suave declive hasta el punto final. Después Marina les daría pie para las frases acostumbradas: *me gustó, no me gustó nada, qué buena la escena del barco, esperaba otro final*. Todos esperaban otro final. Siempre. Y en la ventana que daba a la plaza no paraba de llover.

Pero esa tarde, la primera en que Verónica había llegado acompañada, todo parecía posible, como si al congreso de la pequeña torre sólo le faltara un miembro para completarse y hacer posible lo que se estaba gestando. La

última noticia que habían tenido sobre la hermana de Verónica era que la enfermedad le había tomado los huesos, pero nunca pensaron que la doblegaría tan pronto. Sin embargo la mujer pasó ante ellos sonriente y perfumada, y una leve reingenera era la única secuela visible de la batalla que acababa de librar. Cuando Verónica se sentó y los miró desde el centro de sus ojos hinchados, los seis saltaron dentro de esos ojos para nadar con ella en sus aguas negras. Quizá necesitaban esa prueba, ¿pero cuántas más vendrían? ¿Cuántas veces más tendrían que hacer girar el picaporte de esa puerta que solamente se abría desde afuera?

De ahí la dolorosa ansiedad con que habían mirado las tapas del libro que Marina abrió, y la incertidumbre con que se arrojaron a su voz como a una balsa. Porque si bien aquello que buscaban estaba más allá de las palabras, las necesitaba como puente, como vehículo o compuerta. Aparecieron algunas posibles saboteadoras, como *mandíbula, chicharra, contralor*, pero se tenían confianza los siete exploradores ahora que parecía haberse cerrado un círculo, ahora que estaban apenas a unas letras de distancia de una palabra que era como un árbol lleno de hojas de oro o de llaves, ahora que todos juntos abrazaban ese tronco y lo movían para que cayeran las llaves y las hojas.

En ese momento dejó de llover en la ventana donde siempre llovía, y la plaza comenzó a poblarse de corredores, de perros, de chicos, de enamorados, de luciérnagas. Pero no tuvieron tiempo para demorarse en ese asombro, porque enseguida oyeron ruidos que venían de la puerta junto a la mapoteca. Parecía que cantaban y que bajaban la escalera saltando de a dos o tres peldaños. Cuando llegaron a la puerta y empezaron a llamar con suaves golpecitos, todos miraron a Marina, que no había dejado de leer.

La última frase del cuento que Marina leía decía que cuando Marina se levantó y por fin abrió la puerta de la última frase del cuento que Marina se levantó y por fin abrió la puerta de la última frase que Marina por fin abrió la puerta.

